

Con este cuento, el escritor asturiano, Javier García Cellino, ganó el primer concurso de cuentos “Salvador García Jiménez”. A continuación reproducimos íntegro su texto.

### LUCAS, EL ADIVINADOR

Los vecinos de Iguatapé no tendrían por qué haberse sorprendido de la llegada del invierno, si no hubiera sido por el cortejo de nubes azafranadas que lo acompañó. Eso sí, el mal tiempo vino puntual, como todos los años al finalizar la cosecha del maíz; pero en esta ocasión traía un color que nunca se había visto por aquellas tierras. A lo sumo, comentaba el flaco Toribio en la peluquería, algo parecido había ocurrido cuando el general Santillana asolaba con sus tropas aquella región, aunque desde entonces habían transcurrido ya muchos años. Los primeros disparos de los soldados habían coincidido con un cambio en el cielo, que se cubrió de un tono verdusco y se convirtió más tarde en un gris ceniciento. Cuando las tropas del sanguinario general —adiestradas para la rapiña y todo tipo de vilezas— se fueron retirando, después de dejar a su paso expolios sin fin, el firmamento volvió a lucir inmaculado como en la época en que la tierra daba cuatro cosechas anuales, según contó el Flaco en su narración.

Las primeras lluvias del invierno tiñeron el suelo de un sucio escarlata, lo que contribuyó a aumentar los temores de los vecinos. Todos coincidían en que el estallido de colores traería algunos cambios, pero mientras unos pronosticaban grandes desgracias, otros,

más comedidos, creían que todo se reduciría a una merma en las cosechas, que duraría hasta el próximo invierno.

El prodigio blanco, que en otras ocasiones caía desde el cielo como un refulgente maná, llegó con evidentes huellas de adulterio. Si bien los copos de nieve no podían disimular su nombre, una pelusilla, luminosamente anaranjada, sembraba serias dudas sobre su pureza. Aquella fue la señal definitiva que hizo que Dimas, el barbero, convocara a todos los vecinos a junta pública en la plaza.

Caía la tarde, cruzada por un viento decididamente impetuoso, cuando Adela, que vivía en las afueras del pueblo, escuchó el sonido de las campanas que llamaban a cónclave municipal. Cada latigazo metálico hacía aumentar su sonrisa, pues Adela sabía que los vecinos terminarían acudiendo a su casa en busca de una explicación para el prodigio. Sacó de un armario viejo de nogalina los útiles de trabajo con los que acostumbraba a recibir a sus clientes. Primero, la esfera luminosa, en la que se adivinaban todos los sueños y sucesos extraños que ocurrían a diario en el mundo, y después, una baraja de papel de seda, con motivos astrológicos en las esquinas. Tras colocar el material encima de una mesa, que había regado con abundante sal, y abrir bien las ventanas para que el aire de las montañas le otorgara toda suerte de bendiciones, subió las escaleras en busca de Lucas.

Por el camino recordó la soledad de hierro que la acompañó durante muchos años de su vida, hasta que tuvo la fortuna de encontrar a Lucas. En su juventud no había conocido más amores que los de un soldado de las tropas del general Santillana. Pero cuando finalizó la contienda, y el general Augusto Santillana —como se hacía llamar en público— dejó aquella zona convertida en una humareda gigante que tardó varios meses en disolverse, el soldado que había jurado amor eterno a Adela en una noche de apasionadas fiebres que continuaron durante varias noches más, se unió a la fila del pelotón que

abandonaba las ruinas de Iguatapé. Adela lo vio marchar desde la ventana alta de una habitación en cuya cama había consolado el soldado sus necesidades más urgentes. Al paso de la tramontana, que en un instante borró de su vista las tropas del alevoso general, Adela se juró solemnemente no derramar ni una sola lágrima por una causa que no la merecía.

Haciéndose vieja por días y abrumadoramente melancólica por semanas y por años, vivió hasta mediados de un siglo que coincidió también con el de su edad, hasta aquella tarde en que decidió salir de su exilio voluntario para visitar la feria de un pueblo próximo al suyo, del que sólo le separaba un río de escaso manantial.

No estaban los cómicos que acudían a Iguatapé cuando el fin de las cosechas, pero, en cambio, había un par de gitanos semidesnudos que hacían juegos malabares con unas figuras de madera despintadas por el constante uso. Si los artistas merecían los enfervorizados aplausos de quienes se habían congregado en la plaza para asistir a semejante exhibición de destreza, los ojos de Adela no cesaban de detenerse en aquella selva amarilla que rodeaba los ojos de Lucas, el Adivinador, como rezaba en el cartel que un loro, posado entre dos tabloncillos cercanos de madera, tenía colgado encima de las plumas de su cabeza. Cuando finalizaron los alardes de los gitanos, Adela se acercó a ellos para preguntarles si el papagayo era suyo. Uno de los hombres morenos, al que los pelos del pecho parecían crecerle como si un viento continuo los empujara desde dentro, le respondió afirmativamente, y, a continuación, disparó la lengua para glosar las virtudes del animal. No estaba Adela para ponerse a discutir con los gitanos sobre tantas habilidades. Lo que a ella le importaba, sobre todo, era la hermosura de un plumaje abundante que supo que le ayudaría a soportar la abrumadora soledad que acompañaba sus días. Si, además, el cartel que atestiguaba dotes adivinatorias era cierto,

siquiera en una mínima parte, no cabía mucha duda. Después de un esforzado regateo, Adela cerró el trato con un apretón de manos y una bolsa mediada de monedas. Por el camino de regreso a casa, se juró, esta vez en serio, que no dejaría nunca que Lucas la abandonara, al menos mientras ella estuviera presente en este mundo. No quería que le sucediera como con aquel soldado de mala madre que prefirió la dudosa gloria de un ejército cruento antes que las excelencias de su lecho amoroso.

Desde entonces, la suerte comenzó a acompañar a Adela, que hizo construir en su habitación un adosado de lujo para que el loro pudiera sentirse cómodo. Algunas noches, metía a Lucas en su cama y le alisaba las plumas con ternura mientras le hacía miles de confidencias. Le hablaba de sus parientes y amigos, y de todas las personas que habían visitado Iguatapé en otras épocas de mayor prosperidad para el pueblo, cuando el vientre de la tierra se abría en cuatro cosechas anuales. También le comentaba con orgullo aquella única ocasión en la que el Presidente de la República se acercó hasta Iguatapé a bordo de un barco, engalanado en su castillo de proa con todas las banderas del mundo.

El gitano que lucía una selva en el pecho, se había quedado corto en las virtudes que le había atribuido a Lucas. El loro gozaba de una merecida reputación como adivino, y su fama se había extendido por todas las orillas del Infrán, un río caudaloso donde los hubiera y de encrespados humores durante todas las épocas del año. Al comenzar las sesiones, Adela, que sentaba al loro a su lado, tenía la costumbre de colocar la esfera luminosa en el centro de la mesa, y después, tras hacer diversos conjuros, siempre con la baraja en las manos, sacaba una figura al azar. Ése era el momento elegido para que quien había ido en busca de ayuda, desplegara su repertorio de preguntas. Lo mismo daba que se refirieran a cuestiones relativas al campo o al

cuidado de los animales, o que trataran sobre otros temas más delicados, pues Lucas tenía una respuesta adecuada para todas las incertidumbres. Su modo de proceder era simple, como las leyes que rigen el mundo, y consistía en mover la cabeza afirmativamente, de arriba abajo, si creía que quien le hacía partícipe de sus sospechas estaba en posesión de la razón, o, por el contrario, desplegar las alas una y otra vez para indicar que se mostraba en desacuerdo con las interpretaciones ajenas. De este modo, el visitante que no había encontrado aún la ruta adecuada para solventar sus preocupaciones, volvía a buscar nuevos derroteros filosóficos, hasta que en uno de ellos el loro le tranquilizaba asintiendo con un movimiento de cabeza. Gracias a la fama de Lucas, Adela había visto engordar su hacienda, pues cada visita se saldaba con un buen número de regalos, que servían para pagar la consulta.

Adela terminó de subir las escaleras en el momento en que escuchó un ruido en el exterior de la casa, así que entró en el cuarto y, con una dulzura que certificaba el infinito amor que sentía por Lucas, se acercó al adosado de la cama y arrebató al loro de su sueño feliz. No eran las horas más adecuadas para recibir a nadie, pero Adela pensó que nunca venía mal la posibilidad de incrementar su patrimonio. Lavó al loro con esmero durante algunos minutos, y, tras besarle delicadamente en el pico, bajó con él las escaleras hasta llegar a la mesa en donde antes había depositado sus útiles de trabajo. Por la puerta abierta de la casa, habían entrado ya algunos vecinos. Los ojos de Adela se alegraron a la vista de las gallinas de uñas cavadoras y de los cochinos cebados que los ciudadanos de Iguatapé iban depositando contra la pared. El alcalde fue el último en hacer su aparición, acompañado por el flaco Toribio y por Dimas, el barbero, que ejercían de ayudantes de la autoridad. Cuando se abrió la sesión, la esfera luminosa miraba hacia el norte. Mientras los vecinos se iban acomodando por distintos lugares de la habitación, Lucas parecía un

rey que hubiera condescendido a sentarse en una modesta silla de mimbre. Adela lucía un vestido de organdí, y en la mano derecha empuñaba un cetro adornado con estrías plateadas. Tras una pausa, que sirvió para que un halo reluciente se posara en la cabeza del loro, Adela comenzó a extraer cartas de la baraja. Colocó el as de copas en el centro de la mesa, a la par que preguntaba por el motivo de la visita. El alcalde respondió en nombre de la colectividad, y quiso saber si el prodigio de las lluvias de color era presagio de alguna nueva importante. El loro prestó su voz a Adela mediante un movimiento de cabeza que no hizo más que confirmar las sospechas de todos. Pero lo peor vino después, cuando cada vecino hizo sus conjeturas sobre las causas del milagro. No faltaron supersticiones religiosas que apuntaban a la muerte de una pareja de toros el día de las fiestas patronales, ni tampoco se escapó de las sospechas el juicio pesaroso de don Anselmo, el cura del pueblo, que había notado una evidente merma de atención entre sus fieles hacia los asuntos de la iglesia. Hubo quien escarbó en antiguas reyertas familiares, y quien quiso ver en la llegada de una pareja de extranjeros el motivo de la desdicha. La mala siembra para las cosechas, o el exceso de celo en los asuntos de cama fueron otros de los motivos invocados. Y así hasta que la noche cubrió con su negro terciopelo todo el pueblo y los vecinos se fueron retirando a sus casas sin que las alas de Lucas hubieran dejado de batir. Adela mostró su preocupación por las constantes negativas del loro, lo que a su juicio significaba que la sorpresa que estaba por venir necesitaba de una profunda reflexión. Antes de que su fama pudiera sufrir algún menoscabo, Adela se ofreció a nuevas consultas — gratuitas, eso sí, recalcó—, de modo que pudiera encontrarse por fin la solución al problema que tanto preocupaba a todos. Pero ni los motivos más razonables ni los más pueriles o fantásticos sirvieron de nada durante los días sucesivos. Lucas continuó batiendo enérgicamente sus alas, hasta que los vecinos se convencieron de que era inútil

buscarle alguna explicación al enigma que estaba sucediendo. Durante esos días de consultas interminables, la esfera luminosa de Adela giró su atención hacia los cuatro puntos cardinales, e incluso en ocasiones estuvo a punto de inventar algún rumbo nuevo. La baraja de seda se cambió por otra de papel satinado, que a vez fue sustituida por una de lujosa pasta de hueso que cedió su turno a unos naipes con dibujos troquelados en cada una de sus cartas, aunque, a la postre, todos los intentos resultaron estériles.

Mientras la actitud de los vecinos de Iguatapé oscilaba entre una prudente expectación y una resignada paciencia, el cuerpo de Lucas sufría un innegable deterioro. Sus alas se hacían más oscuras y rígidas cada día, y el pico presentaba grietas abisales que parecía que fueran a hacerlo desaparecer en cualquier momento. Este evidente desgaste se había contagiado también al carácter del loro, que se hizo melancólico y huidizo a un mismo tiempo. Adela atribuyó estos cambios a la pena de Lucas por no poder encontrar una explicación razonable al extraordinario acontecimiento, y este desánimo del animal hizo que redoblara en él sus muestras amorosas. Comenzó a meterlo con ella en la cama todas las noches. Mientras acariciaba su cuerpo con devoción, le contaba el abatimiento que había inundado su vida desde que el soldado del general Santillana decidió dejarla abandonada al pie de la ventana. Su único consuelo era él, le repetía incesantemente a Lucas, de modo que debía hacer un esfuerzo por salir de su aflicción. Ella estaba segura de que se trataba de un desgaste pasajero, y que dentro de poco tiempo el animal volvería a recobrar sus facultades adivinatorias.

La lluvia de tintas cambiantes continuó haciéndose notar durante el resto del invierno, hasta que la última hora del último día del año coincidió con una estruendosa explosión que hizo que todos los vecinos de Iguatapé se pusieran a temblar. De súbito, la lluvia de

colores dejó de caer sobre los tejados de zinc de las casas y sobre los ríos en que se habían convertido las aceras, y, en su lugar, el firmamento se transformó en una lámina oscura, que amenazaba con cubrir pronto todo el pueblo. Adela quiso que Lucas contemplara aquella mudanza celeste, y comenzó a subir las escaleras hacia el cuarto que compartía con el loro. Hacia la mitad de su ascenso, se extrañó de que a aquellas horas de la noche Lucas no hubiera bajado aún a cenar. Cuando le faltaban dos peldaños para entrar en la habitación, notó que las rodillas le flaqueaban, como si sus piernas fueran resbalando por una tabla de aceite. Quiso apartar de un manotazo los malos pensamientos que le iban helando los huesos y, con un salto impropio de sus años, se abalanzó hacia delante, hasta alcanzar la puerta del cuarto. Comenzó a girar la manilla, al tiempo que iba comprendiendo que el destino de las personas venía escrito en un libro de hojas inmutables, que coincidía con el enérgico batir de alas de Lucas. Entró en el cuarto y apoyó sus espaldas contra la pared. No le había engañado el gitano de vello abundante en el pecho, cuando alabó las dotes adivinatorias del papagayo. Aún le dio tiempo a pensar en el soldado que la abandonó en una mañana cubierta por la tramontana, y se preguntó cómo hubiera sido su vida si el ingrato guerrero hubiera preferido el fervor de sus pechos antes que el estrépito de nuevas batallas. Apenas necesitó mirar al lecho para saber que Lucas yacía inerte, adornado con esa extrema lividez que sólo presta la muerte. Pensó que en adelante la piedra de la soledad volvería a hacerle compañía durante los días que le restaban de vida, aunque intentó consolarse pensando que quizás no fueran ya muchos. Notó sus mejillas inundándose de un calor conocido. A lo lejos se escuchaba un ruido de pisadas, y abrió la ventana para distinguir al alcalde, que se acercaba a su casa acompañado por un grupo de vecinos. Adela era un árbol trémulo cuando avanzó hacia la cama. Tras unos instantes de vacilación, cogió al loro y lo apretó contra ella con un



gesto de indomable ternura. Entró en el cuarto de baño y, entre sollozos, arregló cuidadosamente sus plumas, separándolas una a una con extremada delicadeza, y después vació un frasco de colonia sobre ellas. El cielo se había convertido en un completo crespón cuando Adela comenzó a bajar las escaleras, llevando en sus brazos el cuerpo exánime de Lucas.

Javier García Cellino